Que á la hermosura ardiente
De sus ojos le bastan los destellos,
Un velo transparente
Sobre sus hombros bellos,
Y alguna blanca flor en sus cabellos.

Y si ella cariñosa
Escuchara la voz de mis amores,
¡Cuán dulce, cuán dichosa
Mi vida, entre las flores
Fuera, lejos del mundo y sus dolores!

Yo no nací entre el oro;
Yo el ánsia de ambición nunca he sentido;
La paz es mi tesoro,
Y al cielo sólo pido
Amor, silencio, soledad y olvido.

Hacienda de las Cruces, 1870.

Á LA EMINENTE TRÁGICA ESPAÑOLA

DOÑA MARÍA RODRÍGUEZ.

¡Gloria al arte inmortal, sol sin ocaso
Que con su luz divina
Las almas y los siglos ilumina!
¡Gloria al triunfante genio que á su paso,
A la cobarde envidia encadenando,
Y los pueblos y edades dominando
Al resonar su acento,
El mundo del amor y el sentimiento
Con su poder conquista . . . !
¡Gloria al arte inmortal, gloria al artista!

¡Honor á tí, que alcanzas,
Con el ardiente anhelo
Que el arte al genio inspira,
A hacer sentir y comprender el cielo!
¡Honor á tí, que altiva arrebataste
A Grecia, la sublime,
El mágico tesoro
Que en sus marmóreas tumbas escondía,
La luz del arte, y la corona de oro
Que en su frente magnífica ceñía!

¡Cuál gozo al contemplarte
En la anchurosa escena,
Los siglos evocando;
Tu voz el viento llena;
Resplandece en las sombras tu mirada,
Y tu coturno trágico resuena
Hiriendo el polvo de la edad pasada!

¡Cuál gozo al admirarte,
Ora traduzcas la doliente pena
Del infeliz amor en que te inflamas,
Ora el zelo terrible y espantoso,
O el ruego lastimoso
En que piedad reclamas,
O la pasión ferviente
Que estalla en lava hirviente
Como suele el volcán en rojas llamas!

Compláceme mirarte,
Viviendo nueva vida,
El alma poseída
De la celeste inspiración del arte;
Al viento destendidos
Tus cabellos magníficos ondean;
Gime tu pecho y á la par palpita
Como las olas que aquilón agita;
Tus ojos centellean
Con un vívido rayo refulgente;
La insólita impresión, tierna y ardiente
Del sentimiento santo,
Expresas con el arte dulcemente;
Sus colores le robas á la historia;
Atronador aplauso de repente
Proclama tu victoria,

Y al cielo elevas la serena frente
Ceñida por los rayos de la gloria.
Al escuchar la plácida armonía
De la potente voz con que interpretas
La dicha ó la agonía,
De los lejanos tiempos sombra augusta
Parece contemplar la fantasía;
Y los rumores vagos y dolientes,
Me parece que escucho en dulce anhelo,
De las tranquilas ondas transparentes,
Del helénico mar color de cielo.

¡Cuán grande yo te miro,
Cuando á tu voz sonora
El pasado de nuevo siente y vive;
Cuando el aplauso popular te aclama;
Cuando alumbra tu frente vencedora,
La luz de eterna aurora,
La luz del astro de la eterna fama!
¡Cuán bello debe ser del triste olvido
La sombra disipar, tender el vuelo,
Y una y otra región raudos cruzando
Elevarnos sin fin, tocar el cielo,
Sentir á Dios, y dominar al hombre,
Y el espacio medir de una mirada,
Y formar universos de la nada,
Y á los siglos allí dejar un nombre . . . !

Grande es tu triunfo, artista, á tí la gloria
Te cubre con su escudo;
Por eso yo te admiro reverente
Y con noble entusiasmo te saludo.
Al aclamar, artista, tu grandeza,
Permite que humedezca el llanto mío,

Cual del alma dulcísimo rocío,
Los laureles que ostenta tu cabeza;
Y cuando al fin, en alas de la suerte,
Cruces de nuevo los revueltos mares,
Recuerda mi cariño,
No olvides mis cantares,
Guarda las violas que en tu frente ciño,
Y llévale á tu España,
En prueba de mi afecto y tus amores,
Estas humildes flores
Del pobre trovador de la montaña.

LA ESPERANZA.

Á MI QUERIDO AMIGO

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

¡Dulce, amiga esperanza, hija del cielo!
Mi ardiente corazón tus glorias ama
Y en triste ruego tu favor implora:
Tú eres en el dolor grato consuelo,
Tú enciendes el placer en nueva llama
Y el llanto enjugas del que amante llora.
Tu lumbre brilladora,
Cuando entre pardas nieblas se oscurece
El inconstante sol de la fortuna,
Bellísima aparece,
Como la blanca luna
Cuando en la tarde umbría
Reclinado en la noche muere el día.

Si tú la eterna agitación del mundo
No embellecieras nunca con tus galas,
Ni fe, ni gloria, ni placer hubiera;

Fuera el amor sin tí, duelo profundo,
Fuera el alma sin verte, ave sin alas,
Y un desierto sin tí, la vida fuera.
Plácida y lisonjera,
En cada edad con esplendor divino,
Te mira en nueva forma el pensamiento;
Y en tu triunfal camino,
Con tu amoroso aliento,
Por donde vas pasando,
Dicha, ilusión y fe vas derramando.

Cual la temprana rosa en la campiña,
Rica en blandos perfumes y en colores
Abre su cáliz á la luz naciente,
Así á sentir la candorosa niña,
Y á una ansiedad dulcísima de amores,
Su tierno corazón abre inocente;
Suspira dulcemente;
Inquieta á veces conmovida llora,
Y sin saber por qué, goza llorando;
Ni sabe lo que adora,
Ni lo que está buscando,
Y esta feliz delicia
Es tu primera luz que la acaricia.

Gozosa estrecha contra el blanco seno
La conmovida madre al tierno niño,
Y tú le dices que será dichoso;
Su porvenir por tí mira sereno,
Y á su inefable y plácido cariño,
Y á su vaga inquietud le das reposo.
Al verlo tan hermoso
Busca un feliz presagio en su semblante,
Y la señal del genio vé en su frente;

Vuelve á estrecharlo amante
Contra su seno ardiente,
Y en castos embelesos
Implora tu favor al darle besos.

Brilla á tu luz el genio del poeta,
Y en sus amargas horas y sombrías
Le haces mirar la gloria ambicionada;
Vence por tí el destino y lo sujeta,
Y al fuego de la fe que tú le envías
Forma, cual Dios, un mundo de la nada.
Su mente, arrebatada
De los altos espacios celestiales,
Cruza en tus alas la mansión serena;
Y en himnos inmortales,
Alivio de la pena
Del corazón del hombre,
Eterniza la gloria de su nombre.

Vé el labrador el campo, y descendiendo
Las fecundantes lluvias del estío,
En la postrera flor te mira hermosa;
El amante te busca sonriendo
En el dulce mirar, tras el desvío
De los ardientes ojos de su diosa.
Allá en la silenciosa,
Triste extranjera playa, el desterrado
Te adora de su patria á la memoria;
Altivo y agitado
Te busca en la victoria
El triunfador guerrero,
Y en la polar estrella el marinero.

Pasa la hermosa infancia, y se oscurece
Su misterioso prisma, y sus colores
El inflexible tiempo va borrando;
La juventud altiva desfallece;
Se deshoja el placer como las flores,
Y el ofendido amor huye llorando.
Van rápidas pasando,
Cual las flotantes nubes en el viento,
Las glorias que soñó la fantasía;
Apaga el sufrimiento
La luz de la alegría,
Y nuestra dicha trunca;
Mas como el alma, tú, no mueres nunca.

Doquier radiante sin cesar te miro,
Ya en el soberbio alcázar esmaltado
Entre la regia púrpura y el oro,
Ya en el humilde y rústico retiro
Do el leñador feliz vive olvidado
Cifrando en tí su dicha y su tesoro;
Sólo mi amargo lloro
No torna en gozo tu ilusión querida.
Vén, ¡oh dulce esperanza! vén amante,
Vén á alumbrar mi vida
Al menos un instante;
Porque es muy triste verte
En la muerte no más, sólo en la muerte. . .

León, 1869.

SALMO XLI.

Tu santo amor ansío;
El alma te desea;
Te busca á tí, Dios mío,
Te busca mi ánsia ardiente,
Como buscan los ciervos fatigados
El agua de la fuente.

Sedienta el alma está de tu presencia;
¡Oh, quién pudiera hacer que te mirara!
¿Cuándo veré, gran Dios, tu excelso trono
Y el resplandor divino de tu cara?

Tiempo há que el llanto mío
Ha sido noche y día mi alimento;
Y en tanto, á cada instante
¿En dónde está tu Dios? dice el impío.

Yo siempre pienso en Dios, yo en él confío,
Y en mi interior el alma se engrandece,
Y entona placentera
Himnos mil de alabanza y de alegría,
Cual suele el convidado
En el festín espléndido y ruidoso;

Que al fin el tabernáculo sagrado
Donde mi Dios existe,
He de admirar un día.
¿Por qué, por qué estás triste
Y por qué me conturbas, alma mía?

Espera en Dios, espera:
Es mi salud, mi amparo,
Y yo le alabaré toda mi vida,
Pensando siempre en Él por donde quiera;
Del Hermon en la plácida pradera,
Desde el pequeño monte
Al último confín del horizonte,
Del Jordán caudaloso en la ribera.

Un abismo, otro abismo me atraía;
Todas las olas sobre mí pasaron;
Pero el Señor me oía,
Y derramó su luz en mi camino,
Y su misericordia cada día,
Y en la noche su cántico divino.

Con alma conmovida,
Yo elevaré mi súplica ferviente
Al Dios Omnipotente
Que es de mis padres Dios, Dios de mi vida.

Yo le diré: Señor, en ti confío;
Tú eres mi luz, mi faro;
Tú eres mi fe, Dios mío,
Tú eres mi único Dios, tú eres mi amparo.

¿Por qué de mí te olvidas,
Y contristado estoy y sin abrigo?

En tanto que me aflige mi enemigo,
Todos mis huesos sin piedad quebranta
Mi corazón hiriendo;
Y me llena de angustia á todas horas,
Y ¿en dónde está tu Dios? me están diciendo.

En tí, Señor, en tí mi fe confía;
Yo sé que siempre tu poder me asiste:
¿Por qué, por qué estás triste,
Y por qué me conturbas, alma mía?

Cifra en Dios tu consuelo y tu esperanza;
Espera en Dios, espera:
Mi Dios es mi salud, y donde quiera
Resonará mi acento en su alabanza.

SALMO L.

Yo mucho tiempo en discordia
Con tus preceptos viví:
Señor, ten piedad de mí,
Por tu gran misericordia.

Borra mi culpa maldita,
Borra mi infanda maldad;
Por tu divina piedad,
Por tu piedad infinita.

Señor, con tu gracia sella,
Al alma el mal esclava;
Más y más clemente lava
De mis pecados la huella.

Arrepentido lamento
Mi criminal extravío,
Y siempre el pecado mío
Fijo está en mi pensamiento.

Yo he pecado ante tus ojos,
Y eres justo eternamente,
Perdonándome clemente
O hiriéndome en tus enojos.

Vea tu mirada pía
Que en la impureza nací,
Y en el pecado ¡ay de mí!
Me dió á luz la madre mía.

Tú amas siempre la verdad;
Tú me has dado á conocer
De tu profundo saber
La sublime inmensidad.

Si hacia mí tu mano mueve
El hisopo consagrado,
Quedaré purificado
Y más blanco que la nieve.

Gozo inefable y placer
Dará tu acento á mi oído,
Y sentiré conmovido
A tu voz todo mi sér.

De mi audaz iniquidad
Aparta ¡oh Dios! el semblante;
Borra, Señor, al instante,
Borra mi horrible maldad.

Renueva mi ser impuro,
Y forma en mí, poderoso,
Un corazón más hermoso
Y un espíritu más puro.

Nunca me arrojes de tí
Como al arcángel precito;
Y tu espíritu bendito
No apartes, Señor, de mí.

Vuélveme el dulce contento
Que inspira tu amor sublime,
Y al alma que triste gime
Vivifica con tu aliento.

Yo á los malvados, Dios mío,
Tu senda les mostraré;
Con tu gracia lograré
Que se convierta el impío.

La sanguinaria malicia
Huya de mí, Dios clemente;
Y mi labio eternamente
Ensalzará tu justicia.

Tú alentarás mi esperanza;
Tocarás el labio mío,
Y ante el justo y el impío
Anunciaré tu alabanza.

Otros te dan entre vicios
Sacrificios sin amor,
Mas tú no quieres, Señor,
Esos vanos sacrificios.

Para tí, es la mejor palma,
Holocausto el más preciado,
El espíritu angustiado
Con la contrición del alma.

Tú quieres sólo el amor;
La santa humildad que adora;
Que tú al corazón que llora
No lo desprecias, Señor.

Derrama en tu pueblo el bien,
Dale tus dones sagrados,
Y sus muros reforzados
Contemple Jerusalén.

Y entonces, nuestros cantares
Oyendo, verás propicio
La ofrenda y el sacrificio
Sobre tus santos altares.

SALMO LVI.

Piedad, Señor, piedad; el alma mía
Tan sólo en tí confía;
Con santo amor te nombra;
Y al fin que pase la maldad impía
Espera noche y día,
De tus divinas alas á la sombra.

A tí, Señor altísimo, mi acento
Se elevará clamando fervoroso;
A tí, oh Dios, que de bienes me llenaste,
A tí, que me salvaste milagroso,
Que del cielo á tus ángeles mandaste;
Y en tu justicia santa,
Oprobioso baldón sobre la frente
Marcaste á mi enemigo que insolente
Hollaba mi cerviz bajo su planta.

Tú la verdad sublime
Mandaste sobre mí, tu afecto tierno
Y tu misericordia ¡oh Dios eterno!

Tú sacaste, Señor, el alma mía
De en medio de los bárbaros leones
Donde en sueño letal triste yacía.

Bendito ¡oh Dios! bendito
Y ensalzado tu nombre ver anhelo;
Bendito tu poder, que al mal aterra;
Bendito tú en el cielo,
Y bendita tu gloria aquí en la tierra.

Los hijos de los hombres
Tienen entre sus labios
Mil armas afiladas;
Terribles son sus lenguas como espadas.

Ellos, Señor, con bárbara alegría
Tienden ante mis pies pérfidos lazos
Y agobian sin piedad al alma mía;
Pero en el hondo abismo que sus brazos
Cavando están en su venganza impía
Resbalará su planta.
¡Sublime y justo Dios omnipotente!
A tí tu siervo el corazón levanta,
Y delante del pueblo y las naciones
Mi corazón ardiente
Elevará en tu honor dulces canciones.

Vén, mi gloria, mi amor; vén, lira mía;
Para entonar un cántico bendito
Yo me alzaré del lecho antes del día.
Justo y sublime Dios, Dios infinito,
Yo cantaré á los pueblos tu victoria,
Yo cantaré tu gloria,
Yo anunciaré tu nombre á las naciones.

Del cielo en las regiones
Es tu misericordia engrandecida;
Tú hasta los cielos subes,
Y tu verdad excelsa hasta las nubes.
Bendito ¡oh Dios! bendito
Y ensalzado tu nombre ver anhelo;
Bendito tu poder, que al mal aterra;
Bendito tú en el cielo,
Y bendita tu gloria aquí en la tierra.

SALMO LX.

Escucha ¡oh Dios clemente!
El ruego humilde que á tu trono envío;
Atiende ¡oh Dios! á mi oración ferviente,
Atiéndela, Dios mío.

Del confín más lejano de la tierra
A tí clamé, Señor, en mi agonía;
Cuando en perpetua guerra
Mi atribulado corazón gemía.

Tú me ensalzaste ¡oh Dios! tú me ensalzaste
Porque tú eres en todo el soberano;
Y tú por donde quiera me llevaste
Con tu potente mano.

Mi esperanza y mi amparo es tu grandeza;
Tú eres mi solo abrigo;
Torre de fortaleza,
Inexpugnable siempre á mi enemigo.

Siglos y siglos viviré gozoso
Allá en tu tabernáculo sagrado;
Con tu sublime amparo poderoso,
Con tus divinas alas escudado.

Mi oración ha llegado á tu presencia;
Tú velas por el hombre;
Y tú has dejado celestial herencia
A los que temen tu divino nombre.

Tú guardarás del rey las alegrías
En años dilatados;
Y él mirará sus días
Por cien generaciones prolongados.

El vive eternamente
Por más que luche la maldad injusta,
El vive ¡oh Dios clemente!
El vive siempre en tu presencia augusta.

¿Pues á quién falta, si el dolor lo agita,
El mirar de tus ojos apacible,
Y tu verdad bendita,
Y tu misericordia inextinguible?

Un siglo y otro, bendiciendo amante
Tu poder, que extremece á los impíos,
Yo siempre á cada instante
Te cumpliré, Señor, los votos míos.

SALMO LXII.

¡Oh Dios, mi Dios, desde que asoma el día
Velando busco tu divino aliento;
Está de tí sedienta el alma mía
Y á tí elevo mi sér, mi pensamiento.

En ansia dolorosa
Mucho tiempo he marchado peregrino,
Por una tierra yerma y tenebrosa
Sin agua y sin camino.

Pero yo donde quiera te contemplo,
Y en mi letal tristeza
A tí me presenté, como en el templo,
Para mirar tu gloria y tu grandeza.

Hoy por el labio que doliente gime
Será tu excelsa gloria bendecida,
Que es tu misericordia ¡oh Dios sublime!
Más dulce que la vida.

Entre tanto que dure mi existencia,
Al bendecir tus dones soberanos,
Tu santa Omnipotencia,
A tí, Señor, elevaré mis manos.

¡Gran Dios! mi pecho toca
Y llena de vigor el alma mía,
Y sin cesar mi boca
Alabará tu nombre noche y día.

En la noche, en mi lecho suspirando,
En tí he pensado con amor ardiente;
Y en tí, Señor, pensando
Me ha encontrado la luz del sol naciente.

Tú fuiste ¡oh Dios! mi amparo poderoso;
Con fe, Señor, mi corazón te nombra;
Yo viviré gozoso
De tus divinas alas á la sombra.

Tú eres siempre ¡gran Dios! nuestra alegría;
Tú eres la gloria nuestra:
A tí se unió, Señor, el alma mía,
Y me amparó tu diestra.

En vano ¡oh Dios! en vano
Me busca mi enemigo en cruda guerra;
Que bajará, Señor, bajo tu mano
Hasta lo más profundo de la tierra.

Su soberbia por tí será humillada;
Y en ansias angustiosas,
La víctima será de ardiente espada
Y presa de raposas.

El rey en tí se alegrará, Dios mío;
¡Feliz el que creyere!
Porque mudo ha quedado el labio impío
Que la maldad profiere.

EL VALLE DE MI INFANCIA.

Salud, ¡oh valle hermoso!
Albergue del placer, donde dichoso,
Entre sueños espléndidos de amores,
Ví deslizarse un día,
Cual se desliza el agua entre las flores,
Los dulces años de la infancia mía.

Valle umbroso, salud: hoy el viajero
Tu abrigo lisonjero
Busca ansioso con ávida mirada;
Bendice la quietud de tus verjeles,
Y reclina su frente ensangrentada
A la sombra feliz de tus laureles.

Aquí está la montaña, allí está el río,
Allá del bosque umbrío
La silenciosa majestad se admira;
Allí el lago retrata el firmamento;
La fuente, más allá, lenta suspira,
Y agitando los sáuces gime el viento.

Allí la cruz está donde inspirado,
El bien del desgraciado
Imploraba con místico cariño,
Elevando á los cielos mis plegarias;
Y estas agrestes rocas solitarias,
Las mismas son que amé cuando era niño.

Pero es otro el rocío, otra la brisa
Que hoy el Abril te dá con su sonrisa;
Otras las rosas son, de encanto llenas,
Que brillan entre el césped de tu alfombra,
Y otras, y otras también las azucenas
Que crecen á tu sombra.

Cual las olas que pasan suspirando,
Los años van pasando;
Un instante con flores se embellecen,
Un punto brilla su fulgor mentido,
Y al fin se desvanecen
En las oscuras sombras del olvido.

¿Adónde están ahora aquellas rosas
Tan puras, tan hermosas . . ?
Están ¡oh valle! donde está la calma
De aquellos bellos días tan risueños;
En donde está mi amor, gloria del alma,
Y en donde están también mis dulces sueños.

Yo era feliz aquí, yo me adormía
En plácida alegría,
Por la dulce inocencia acariciado,
Sin más amor que tú, sin otro anhelo
Que amar tus flores y cruzar tu prado,
Cantar tus fuentes y mirar tu cielo.

Una tarde las aves se alejaban,
Y al ver cómo volaban
Sentí el alma agitarse en ansias locas,
Y quise como el águila atrevida
Cruzar las selvas, dominar las rocas,
Y aspirar otro ambiente y otra vida.

Y al huracán seguí, y al ver el mundo,
Sentí en el corazón horror profundo;
Anhelé las tranquilas soledades
Donde feliz reía,
Y sentí que mi espíritu oprimía
La atmósfera letal de las ciudades.

Gozo y placer busqué, gloria y ventura,
Y sólo hallé amargura,
Inquietudes y afán, tedio y congojas;
Del viento del dolor al soplo ardiente,
Cual de tus bellos árboles las hojas,
Se secó la guirnalda de mi frente.

En vano allí busqué la dulce calma
Y el casto amor del alma;
Solo en la multitud con mis pesares
Me confundí gimiendo,
Y apagóse perdido entre el estruendo
El tímido rumor de mis cantares.

Esquivando el furor de la tormenta,
Cual ave voy que el huracán ahuyenta,
Y ansioso busco ahora,
En tu silencio plácido y tranquilo,
El apacible asilo
Donde al menos en paz el alma llora.

También, ¡oh valle! á marchitar tus galas
La airada tempestad tiende sus alas;
Tus flores huella y con furor se agita
Marchitando sus vívidos colores . . .
¡Dichosas esas flores
Que el huracán marchita!

Lejos contemplo ya la infancia mía,
Y muy lejos la tumba todavía;
Oculto afán me mata,
Mi destino en la tierra es muy incierto,
Y lúgubre á mi vista se dilata
Inmenso el porvenir como un desierto.

Sin oir una voz dulce y querida,
Solo estoy en el valle de la vida;
Cual el ciprés doliente
Que en eterno abandono se consume,
Sin guirnaldas de hiedras en su frente,
Sin que le dé una flor grato perfume.

Nadie piensa en mi amor, nadie me mira,
Nadie por mí suspira;
Tan sólo la tristeza
Con mis dolores gime,
Y entre sus brazos trémula me oprime
Y reclina en su seno mi cabeza.

El alma ardiente que en mi afán seguía,
Dulce hermana inmortal del alma mía,
Me niega su ternura,
Y sin oir mi queja,
Insensible á mi amarga desventura,
Sin enjugar mis lágrimas se aleja.

Ya que en vano la llamo cariñoso,
Para cruzar con ella el bosque umbroso;
Para contarle amante mi querella
Y dividir con ella mi alegría;
Para soñar con ella,
Esta sombra de amor que dura un día;

A lo menos gozar el alma quiere
En el sueño ideal que nunca muere,
Del infinito anhelo
En que Dios le revela su destino;
La esperanza feliz del bien divino
Con que existen las almas en el cielo.

Aquí morir quisiera
Al rumor de tu brisa lisonjera;
Pero ¡ay! deliro, mi ansiedad es vana,
Y el soplo sigo del destino airado . . .
¡Quién sabe dónde me hallaré mañana!
¡Quién sabe dónde moriré ignorado!

Queda en paz, dulce valle, umbroso asilo
Donde existí tranquilo,
Plácido albergue de mi amor primero.
Ya va el sol ocultando sus fulgores,
Y adiós te dice el infeliz viajero
Empapando en sus lágrimas tus flores.

RECUERDO.

(LAMARTINE.)

En vano pasa un día y otro día
Pues no dejan ni huella en su camino;
Nada te borra á tí del alma mía,
Ultimo sueño de mi amor divino.

Yo miro en rededor con desaliento
Las horas de mi vida acumularse,
Como en torno la encina, al son del viento
Vé sus marchitas hojas desgajarse.

Hoy el tiempo mi sien de nieve llena,
Y corre sin calor la sangre mía,
Semejante á las ondas que encadena
Del otoño glacial la brisa fría.

Mas tu joven imagen que embellece
Este hondo duelo que jamás se calma,
Tu brilladora imagen no envejece;
Que existe sin edad, y es como el alma.

Tú de mis ojos nunca has de apartarte;
Y cuando á solas la mirada giro,
Cuando dejo en la tierra de mirarte,
En el cielo, mi bien, siempre te miro.

Allí yo te contemplo engalanada
Bella cual fuiste en tu postrera hora,
Cuando el vuelo á la célica morada
Dulcemente elevaste con la aurora.

Tu belleza, tan pura y tan querida,
Hoy en el cielo luce más brillante,
Y hay en tus ojos do faltó la vida
De la inmortalidad la luz radiante.

Aún amoroso el céfiro sereno
Tus cabellos levanta y los desprende,
Y la sutíl madeja vá á tu seno
Y en rizos como el ébano se extiende.

La sombra de este velo cariñosa
Embellece tu imagen soberana,
Que así el alba se muestra más hermosa
Tras la niebla postrer de la mañana.

La llama de este sol que nos asombra
Huye y se oculta al expirar el día;
Pero mi amor, mi bien, no tiene sombra;
Tú siempre luces en el alma mía.

Yo te escucho y te miro á cada instante
En la tierra, en el mar y el firmamento;
Las olas me reflejan tu semblante,
Me finge el aura tu amoroso acento.

Cuando reinan doquier sombras oscuras,
Si oigo del viento el lánguido gemido,
Escuchar me parece que murmuras
Dulcísimas palabras en mi oido.

Y si las luces esparcidas veo
Que el velo bordan de la noche umbría,
Siempre en la estrella contemplarte creo
Más agradable á la mirada mía.

Si de la brisa el plácido suspiro
Los perfumes me manda de las flores,
Es tu divino aliento el que respiro
Envuelto en sus dulcísimos olores.

En mi triste existencia y solitaria,
Tu mano enjuga mi copioso lloro,
Cuando elevo en secreto mi plegaria
En el sagrado altar del Dios que adoro.

Tú velas mi reposo; en mis ensueños
Siento por tí mi frente acariciada;
Siempre vienen de tí todos mis sueños,
Dulces como la luz de tu mirada.

Y si tu mano entonces separara
El hilo de esta vida de agonía,
Yo en tu amoroso seno despertara,
¡Oh celeste mitad del alma mía!

Cual dos suspiros que el amor aduna,
Cual dos rayos del alba sonrïente,
Una son nuestras almas, sólo una;
Y yo por tí suspiro eternamente.

Diciembre, 1870.